

ALDEA
LITERARIA

Mi papá

FRANCINE RUEL y yo



**ALDEA
LITERARIA**

Mi papá
FRANCINE RUEL **y yo**



Editora de la colección: Karina Echevarría

Traductora: Beatriz Diez

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte: Natalia Otranto

Diagramación: Azul De Fazio

Imagen de tapa: Istock

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Ruel, Francine

Mi papá y yo / Francine Ruel. 2a ed. Boulogne : Cántaro, 2015.

112 p. ; 20 x 14 cm. (Aldea Literaria)

Traducción de: Beatriz Diez.

ISBN 978-950-753-433-1

1. Narrativa Infantil y Juvenil Francesa. 2. Novela. I. Diez, Beatriz, trad. II. Título.

CDD 843.9282

Título original: *Mon père et moi*, publicado por Les éditions de la courte échelle, Montréal, Canada. © 1996

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2009

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-433-1

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Mi papá
FRANCINE RUEL **y yo**



*Esta historia sucedió
hace mucho tiempo.
Yo tenía catorce años.
Hoy tengo quince.*

Prólogo
La colina se nubla

Acaba de dar un portazo y de tirarse en la cama, hecha un mar de lágrimas. Es incapaz de dejar de llorar y ahoga los gritos en la almohada.

—¿Por qué? ¿Por qué me tuvo que hacer esto?

El largo cabello rubio le cubre la cara y los ojos. La almohada se va empapando lentamente con las lágrimas. El día en el colegio fue de terror. Solo de pensarlo tiene ganas de ponerse a gritar. Le había prometido que iba a estar. Y no fue.

Sin embargo, lo que ella le había pedido a su padre no era nada del otro mundo. Solo que asistiese a la obra en la que por primera vez tenía un papel. Un espectáculo cortito, apenas una hora del precioso tiempo de su padre. Y por supuesto, por culpa de esa silla vacía en la primera fila, había actuado mal.

No va a ir a comer, no tiene hambre. Nunca más va a comer. Mejor, no va a engordar. Y nunca más le va a hablar a nadie. Total, la gente habla solo por hablar o hace promesas que nunca cumple.

Se va a quedar todo el tiempo ahí. En su dormitorio todo blanco. Llorando o durmiendo. Dan unos golpes suaves en la puerta. Su madre la está llamando. Se da vuelta contra la pared.

—Déjenme en paz.

El mensaje es clarísimo, pero la mano sigue insistiendo en la puerta.

—Tendrías que venir a comer, hijita, te prepararé raviolos con salsa de tomate.

Se le hace un nudo en la garganta. Como si la palabra raviolos se le atragantase. Y los ojos se le inundan otra vez de lágrimas.

De chiquita, decía *raviolas* y sus padres se reían como locos. Y ella lo siguió diciendo a propósito, solo por escucharlo reír a él. La risa debajo del bigote.

Los pasos se alejan del dormitorio. Se pone boca arriba y mira el techo y la habitación. El dormitorio está pintado de blanco, con las paredes cubiertas de fotos. En blanco y negro, color, pequeño y gran formato. Y ella en casi todas.

Las mira más de cerca. A los tres años, en el parque. Al lado del mar, con la cola al aire. O disfrazada de bruja, de pingüino —espantosa— y de hada de las estrellas con una sonrisa bastante idiota... En una y en otra, siempre ella, en pijama, traje de baño o vestido de terciopelo rojo. Y entrando al jardín de infantes, a la primaria y también delante de su actual escuela, junto a las amigas.

Otra vez ella con distintos fondos y compañías: un lago en la colonia de vacaciones, la Torre Eiffel en París, una palmera en Florida y un caballo estúpido que la había hecho caer. Ella en la época en que llamaba *raviolas* a los raviolos y *sojotas* a las ojotas. En la época en que se reía con un padre con o sin bigotes. La época en que él le sacaba muchas fotos. Y a ella le gustaba.

Su padre eso sí lo hace bien: sacarle fotos a la gente. Es un fotógrafo profesional. Viaja mucho, gana premios y no pasa a verla con mucha frecuencia. Está tan ocupado.

Se levanta, mira todas esas imágenes de sí misma. La misma mirada azul... casi marino. El cabello largo, rubio y muy suave... Pero ya no se reconoce. En todas las fotos hay carcajadas. Escucha a todas esas niñas riéndose, como si se estuvieran burlando de ella.

Tiene la impresión de oír a su padre.

—Atención... Va a salir el pajarito.

Quisiera estrangularlo. Retorcerle el cuello a ese maldito pájaro que le hace creer a las niñas idiotas que son felices.

Se mira en el espejo. Tiene los ojos rojos de llorar y las mejillas todavía mojadas. El cabello es tan rubio como en las fotos, pero no hay risa en los ojos azul marino... Nada es como antes y no entiende por qué. Tiene catorce años y muchas lágrimas atoradas en la garganta.

En un impulso de rabia, va arrancando una por una las fotos de la pared... Algunas se rompen. Las deja caer en el piso. Y sola en la habitación vacía, en ese dormitorio blanco, piensa, mientras mira la cara sonriente de las niñas felices:

“¡Que deje de tenerme en fotos y que me tenga en sus brazos!”.

Y después llega el momento de huir.

No muy lejos, no. De huir a ese país que visitamos cuando las cosas no andan bien. Un país entre el sueño y la realidad.

Sigue acostada en la cama para emprender el viaje inmóvil. No necesita tomar ni el tren ni el avión. Ni siquiera precisa cerrar los ojos, para despegar. Le alcanza con deslizarse muy lentamente por la imaginación...

Y emprende el vuelo.